

SI VILLA VIVIERA, CON LÓPEZ
ANDUVIERA

LA BATALLA DE ZACATECAS

PACO IGNACIO TAIBO II

© **Paco Ignacio Taibo II**

Junio 2023

Descarga más de 260 libros de manera gratuita en formato pdf en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

LOS DEFENSORES

Zacatecas se encontraba defendida por el general Luis Medina Barrón, un veterano de 43 años, soldado profesional que había librado la guerra de exterminio contra los indios yaquis y combatiente en 1910 contra la insurrección maderista. Unos días antes de la batalla, en los enfrentamientos contra las tropas de Natera, había muerto su hermano Javier a causa de una herida recibida en La Calera, de manera que tenía deudas de sangre con la revolución.

Para este nuevo embate, ahora contra todo el peso de la División del Norte villista, Medina Barrón tiene originalmente 3 500 hombres y cuenta además con la llegada de refuerzos importantes que le ha prometido el general Maas, que ha formado en el papel una división de 7 mil hombres a cargo del general Olea. El 16 llegará la avanzada, 14 trenes, la mitad de ellos con fuerzas de caballería, unos 4 mil hombres y una batería de 75 mm que se instala en el fuerte de El Grillo (ya había otra en el cerro de La Bufa); a ellos se sumarán 600 irregulares de caballería, colorados dirigidos por el orejón Benjamín Argumedo, que vienen de Palmilla. El 20 de junio llegará el general Olea, trayendo otros 1 800 hombres del 89° y el 90° batallones de línea, soldados de leva. Y todavía esperan una co-

lumna dirigida por Pascual Orozco que avanza desde Aguascalientes. Al final los federales contarán con un poco menos de 10 mil hombres, entre ellos Hernando Limón, uno de los asesinos de Abraham González, y 12 piezas de artillería.

Pero la fuerza de Medina no está en el número de hombres, sino en la disposición de la ciudad. Zacatecas está encerrada en una cañada dominada por cerros y montañas, con tres vías de acceso: por el norte, el oriente y por la vía férrea al sudoeste. Por cualquiera de ellas hay que sortear los cerros que controlan los alrededores de la ciudad. Además había alambradas de púas y fortificaciones con piedras, trincheras en los cerros de La Pila, El Grillo, La Bufa, El Crestón Chino, La Sierpe, Los Clérigos, El Cobre, Las Balsas, El Padre, El Observatorio, la mina Cinco Señores y El Refugio; a más de contingentes atrincherados en el Panteón Nuevo, en el Panteón Viejo y en la Estación del ferrocarril. Las reservas estaban concentradas en el cuartel de Santo Domingo, El Cobre, La Ciudadela, comandancia de policía, Palacio Municipal, la Alameda. La artillería eran cañones de 80 mm en los cerros y además muchas ametralladoras y cañones de 75 mm llevados de San Luis Potosí.

La luz eléctrica era encendida tan sólo unas horas en las noches por la comandancia militar para amedrentar a la población, mientras por una ciudad parcialmente rodeada desde hace treinta días pasean por todas las esquinas soldados federales con sus gorritas de plato y salacots.

LOS ATACANTES

El ataque a Zacatecas se producirá después de un duro choque de Villa contra Carranza y contra la voluntad de éste. Venustiano pretendía que la ofensiva hacia el sur de las tres grandes divisiones constitucionalistas se hiciera sin Villa al frente. Las tensiones llegaron a tal grado que Villa renunció al mando aunque sus generales le impusieron que continuara y la División del Norte decidió avanzar sobre Zacatecas aun sin el consentimiento del primer jefe.

El 16 de junio había salido de Torreón la vanguardia de la División del Norte, en medio de la fiesta y la lluvia, con una tropa que no tenía capotes. Primero los trenes de Urbina y tras ellos, en 5 trenes, Ángeles con los cañones. Llueve otra vez cuando llegan a La Calera, a 25 kilómetros de Zacatecas, el 19 en la mañana. Urbina, en ausencia de Villa, ordena a ese empapado ejército el desplazamiento inicial.

Los federales, desde el cerro de El Grillo, ven la llegada de los trenes villistas arrojando una inmensa nube de humo negro, porque viene quemando leña verde ya que Carranza les negó el carbón y contemplan azorados las imágenes de los millares de hombres en los techos de los vagones y la salida de los caballos de su interior. Se había hecho correr entre los federales el rumor de que con la División del Norte venían soldados estadounidenses. Los mirones no encontrarán confirmación a los rumores. Tampoco estará activa la fuerza aérea villista. Poco antes de la batalla de Zacatecas, Parsons se había visto obligado a hacer un aterrizaje forzoso. Se fue a la frontera para comprar las piezas

que necesitaban para las reparaciones, incluido un nuevo motor. Harto de los peligros y las incomodidades sufridas en la campaña, al llegar a Ciudad Juárez hizo los arreglos para despachar lo que De Villa necesitaba para reparar el avión, se montó en el tranvía de El Paso y nunca regresó a México. Poco tiempo después De Villa también renunció, acabando con el primer cuerpo aéreo revolucionario.

EL CERCO

El día 20 el general Felipe Ángeles dispone reconocimientos y se producen tiroteos esporádicos en la primera línea de defensa: los cerros El Refugio, El Padre, La Sierpe y un pequeño cerro al este de La Sierpe y al norte de El Grillo. Ángeles piensa que el mejor ataque será desde el norte porque la artillería villista puede batir a la artillería federal y apoyar el avance de la infantería contra los cerros. Ordena acantonar la artillería en Morelos, luego toma posiciones en Veta Grande y allí establece el cuartel de la artillería y el de su brigada de infantería. Chao se reporta con Urbina. Maclovio Herrera y su brigada arriban pidiendo órdenes, Ángeles le informa que él no puede darlas, Urbina está a cargo hasta la llegada de Villa. Los primitivos sitiadores, las tropas de Natera y los hermanos Arrieta, van viendo el impresionante despliegue de trenes de la División del Norte de Fresnillo a La Calera. A ellos les dan instrucciones de situarse en el sur, en Guadalupe, para cerrar la salida de los ya sitiados.

Ángeles, gracias a los reconocimientos, se dará cuenta de que los soldados federales están quemando el forraje en los alrededores de la ciudad y se van reconcentrando en Zacatecas.

Tiroteos en toda la primera línea. Sólo actúa la artillería de La Bufa y El Grillo. Los federales sufren por un mal aprovisionamiento de municiones. Deserta un grupo de colorados del cerro al sur de El Refugio.

Finalmente la División del Norte y la del Centro de Natera despliegan 19 500 hombres, 5 mil de los cuales cierran el cerco por Guadalupe en la salida de la ciudad al sur y al oriente, por el camino que va a México. *El Niño* se coloca sobre la vía férrea. Las restantes brigadas y la infantería se distribuyen en arco. Aguirre Benavides viene dirigiendo la brigada de Robles porque José Isabel seguía convaleciente de su herida, y Raúl Madero la suya, la Zaragoza.

Está lloviendo de nuevo esa noche. Otra vez, en un verano que parece maldecir a los villistas con el clima. Los soldados se guarecen bajo nuevas cobijas muy grandes que tenían una franja negra y el letrero *División del Norte*.

El 21 en la mañana Urbina dispone de las últimas brigadas que arriban: la González Ortega de Toribio, la Cuauhtémoc de Trinidad Rodríguez, quien en su aproximación barre la zona, estrenando las 20 ametralladoras que Trini había comprado y que comanda el capitán Horst Von del Holz, un noble alemán que lo viene siguiendo desde Ojinaga.

LOS PRIMEROS CHOQUES

Hacia las tres de la tarde la gente de Maclovio Herrera, que estaba acampando, recibió un cañonazo federal

que les hizo tres muertos. El sordo Maclovio, encabronado, sacó la pistola y ordenó el ataque: "Ahorita entramos, muchachos. Ahora le damos en la madre a esos hijos de la chingada". El capitán federal Ignacio Muñoz, que es jefe accidental de la posición de Cinco Señores, ve avanzar a la brigada de Maclovio Herrera, que llega a la estación de ferrocarril con muchas bajas. Maclovio es herido en un brazo. El combate amenaza con generalizarse, porque la brigada Chao ha entrado en acción apoyándolo, así como 10 piezas de la artillería de Ángeles. La resistencia de los federales y la falta de conexión con el resto de la División los hace replegarse. El resto de la artillería villista tomará posiciones más cerca, en las crestas del lomerío, en un caserío llamado Mina de la Plata, donde aguantan el fuego artillero sin responder para no revelar sus posiciones. Ángeles dirá que mejor que tiren contra el caserío donde se estaban emplazando, que contra la infantería.

La ausencia de Villa tiene preocupados a los mandos. ¿Por qué Villa sigue en Torreón? ¿Absoluta confianza en la División del Norte? Natera pregunta a Ángeles cómo será el ataque, a todos les urge saberlo.

Poco después, hacia las cuatro de la tarde, las tropas de Natera y de los Arrieta chocan con el coronel colorado Antonio Rojas (aquél al que Villa perseguía en 1912 cuando se fugó de la cárcel) al tratar de tomar posiciones en Mesa del Águila. Al oscurecer los villistas se ven forzados a replegarse. En la noche tomarán contacto con las tropas de Maclovio Herrera cerrando el cerco.

Las escaramuzas del día fueron cosa mayor. Todas las tropas de la División del Norte intervinieron, casi todos

los fuertes de Zacatecas fueron batidos. Era un asalto en forma, dirán los federales. No saben lo que se les viene encima.

Se dice que en el interior de la plaza sitiada los colorados saquean y se distribuye mezcal y tequila en las trincheras. Aunque el teniente Yáñez asegura que a los defensores del cerro de La Sierpe, que eran como 600, nunca les llevaron alcohol, el capitán Muñoz insiste en que hubo un “criminal reparto de bebidas embriagantes”.

Durante la noche hay tiroteos esporádicos y ataques nocturnos de los villistas a las fortificaciones en algunos sectores. Los hombres de la División del Norte parecen tener prisa por lanzar el enfrentamiento definitivo.

Al iniciarse el día 22, Ángeles escribirá en su diario: “Siguen los reconocimientos”. La brigada de Toribio Ortega va presionando hacia el cerro El Padre. La artillería villista abre fuego y desmontan varias piezas de los federales. El bombardeo hizo un daño mayor en lo moral que “en lo efectivo, porque las espoletas de las granadas fabricadas en Chihuahua eran defectuosas”.

El capitán Muñoz, muy dado a las polémicas, dirá que “nunca en calidad de tiro fue superior la artillería de Villa a la de los defensores de Zacatecas. Si hubo superioridad fue en el número de piezas. Villa traía 40 cañones (en realidad 39) y los federales disponíamos allí de 10”. Realmente eran 12 dispuestos en La Bufa, El Grillo y la Estación. Y habría que tomar en cuenta la mala calidad de las granadas chihuahuenses contra los proyec-

tiles europeos de los federales, y que los cañones de Ángeles tuvieron problemas en los frenos y había que repararlos sobre la marcha, más aún, la artillería villista tuvo que tomar posiciones muchas veces bajo fuego. Pero evidentemente la afirmación de Muñoz es falsa.

MIENTRAS TANTO, VILLA...

Poco antes de salir de Torreón, Villa recibió a una delegación de la División del Noreste, que sin permiso de Carranza venía a mediar en el conflicto. Se trataba de Miguel Alessio Robles y José Ortiz, que pensaban que “la razón militar la tenía Villa, pero Carranza tenía motivos políticos para obrar así”. Lo encontraron cuando estaba desayunando un atole de harina de maíz con rajas de canela. Villa les dijo que en ese momento salía para Zacatecas donde ya se estaba combatiendo, y les prometió que cuando se ocupara la ciudad convocaría a una reunión de jefes de la División del Norte para que hablaran con ellos. Los comisionados viajaron en tren con él. A cuatro o cinco kilómetros de la ciudad se detuvieron y Villa les preguntó si lo acompañaban o se quedaban en el tren. Alessio Robles y Ortiz iban desarmados, eran paisanos, no habían combatido nunca antes y decidieron quedarse en el tren. Villa montó a caballo y acompañado de sus secretarios Trillo y Pérez Rul y de los Dorados, avanzó hacia la zona de combate. Alguien anotará que entre los miembros de su escolta iban tres estadounidenses: William Edwards, Donald MacGregor y Paul Ganzhom, soldados de fortuna y pistoleros.

Una de las primeras noticias que Pancho recibió tras contactar con Urbina y recibir información sobre la

disposición de la División, era que Toribio Ortega se encontraba muy grave. Toribio, maestro de escuela, jefe de la brigada González Ortega y uno de los más sólidos baluartes de la División del Norte, venía muy enfermo desde Gómez Palacio, con fiebre tifoidea. Al inicio del cerco había permanecido cobijado entre unas piedras, pero la noche del 21 al 22, bajo una lluvia muy fuerte, Toribio, que andaba sin capote, se mojó mucho. A la madrugada ya no podía caminar. Darío Silva lo vio en esos momentos y se sorprendió de la gravedad de su estado. Saldrá de la primera línea en camilla. Porfirio Ornelas tomará el mando de la brigada. Villa contempló el estado de su amigo y ordenó que de inmediato fuera trasladado a Chihuahua en un tren especial.

Pancho aparecerá en la tarde por las posiciones de artillería donde se encuentra Ángeles, después de comer; llega trotando en un caballito que le prestó Urbina. Juntos revisan el campo y Villa hace pequeñas correcciones. En la noche los cañones serán llevados a sus nuevas posiciones. El reflector de La Bufa, manejado por un mercenario inglés llamado Donald Saint Clair, ilumina las zonas que los rebeldes lentamente van ocupando. Villa recorre los campamentos de las brigadas. Supuestamente no se ha dado la orden de asalto, pero son frecuentes las escaramuzas, la gente anda caliente. La estación será tomada y retomada varias veces. Villa ordena que el ataque final se inicie el día siguiente a las 10 de la mañana; está preocupado porque no se adelante, las bajas sufridas en los dos días anteriores son inútiles, quiere que el ataque sea simultáneo.

Si la toma de Torreón fue la clave del éxito de la Revolución Constitucionalista y uno de los enfrentamientos más terribles y más enconados, Zacatecas, en la imaginación popular y la memoria social, es *la batalla*; canciones, corridos y películas así la celebran. Sin embargo, el enfrentamiento no habrá de durar más allá de 72 horas y la batalla propiamente dicha, sólo ocho horas y media.

EL ATAQUE

El 23 de junio, hacia las 9:30 de la mañana, Villa dispone que su escolta y parte del Estado Mayor se fragmenten y se unan a diferentes brigadas; se queda con un pequeño grupo de hombres: Rodolfo Fierro, el Chino Banda, Vargas, Nicolás Fernández, Madinabeytía y Santoscoy.

Las brigadas entran en acción. Por el norte, atacando La Sierpe (el llamado cerro de tierra negra), Ceniceros, la brigada Morelos de Urbina, la Robles con Aguirre Benavides, el tercer batallón de Gonzalitos (la infantería más disciplinada de la División) y parte de la brigada Zaragoza con Raúl Madero.

Por el noroeste, atacando el cerro de Loreto, tres brigadas de los dirigentes históricos de la División del Norte, la brigada Villa de José Rodríguez, la Cuauhtémoc de Trinidad Rodríguez y los de Camargo de Rosalío Hernández.

Por el oeste, los zapadores de Servín y el coronel Almanza. Por el suroeste Maclovio, la brigada de Ortega y Chao, las otras tres brigadas claves de la DN. Por el

sur oriente, cubriendo la ruta de escape de Guadalupe, la División del Centro de Natera, que deberá tomar los cerros El Padre y El Refugio y la estación de ferrocarril.

Poco antes de las 10 se abre el fuego a causa de la impaciencia de la gente. Algunas brigadas avanzan hasta su línea de salida a caballo. En el norte los cañones villistas concentran el fuego en el cerro de Loreto para proteger a la infantería. Trinidad Rodríguez deja las posiciones de la artillería porque comenta que no le gusta estar bajo fuego de unos enemigos invisibles. “Yo ya me voy de estos rastrillazos”, dirá, y toma la dirección de la brigada Cuauhtémoc en el asalto. Cuando los atacantes están a media falda del cerro, se corrige el tiro de artillería para dar en la punta, donde están las trincheras. En 25 minutos los federales son despojados de la posición, pero Trinidad Rodríguez ha quedado gravemente herido de un balazo en el cuello que toca la médula espinal; cae de la yegua en la que va montado y atorado en el estribo es arrastrado varios metros.

Son las 10:25 de la mañana cuando la infantería villista toma la primera posición de las defensas de Zacatecas.

A las 11 de la mañana Villa está en el puesto de mando de la brigada Villa cuando le traen a su compadre, el general Trinidad Rodríguez, uno de los históricos combatientes, de 32 años, gravemente herido. Desconsolado, al verlo casi muerto, ordena su evacuación en tren hacia Chihuahua. Dos de los dirigentes claves de la División han caído en 24 horas, Toribio y Trinidad. Villa sólo sabrá después de la batalla que Rodríguez fue bajado agonizante del tren, en Torreón, donde murió.

Ángeles mueve la artillería hacia Loreto y a él se une Villa. Las granadas federales tiran alto. Ángeles reitera que mejor que tiren contra el caserío donde se encuentran, porque así dejarán avanzar a la infantería y “nosotros sentiremos más bonito”.

A las 10:40 la brigada de Maclovio toma el cerro de El Padre en el sur.

Las tropas de Servín estaban trabadas ante la fusilería y la artillería del cerro de tierra negra llamado La Sierpe. A la batería de Ángeles llegó primero Urbina para conferenciar con él y luego Villa, demandando apoyo artillero. Se movió la artillería hacia las faldas del recién tomado reducto de Loreto. Villa y Ángeles se adelantan a buscar posiciones en las faldas del cerro. Ángeles subirá al tejado de una casa donde llueven balas. Los defensores de La Sierpe contraatacan casi en el cuerpo a cuerpo. Cervantes, por órdenes de Ángeles, emplaza dos cañones con cierto éxito y sus granadas caen en el lugar donde están las trincheras enemigas. Quince minutos después del inicio del fuego artillero, y después de tres o cuatro terribles asaltos, los federales comienzan a abandonar la posición. El capitán federal Yáñez contará que los defensores de La Sierpe sólo recibieron comida una vez en los últimos cinco días, seis costales de carne seca y pan, y que de los 750 soldados dejaron un centenar muertos en la cumbre. Hacia las 12 una bandera villista coronaba el cerro.

Paralelamente, en el sur de la ciudad las tropas de Natera toman El Refugio. Van aproximándose a la Estación.

Desde la posición de Loreto la artillería villista podía batir El Grillo. Montan la batería para disparar sobre el fortín. Villa, “sobre un montón de piedras”, está presente en la operación. Un cañonazo impacta a tres metros de ellos. Es quizá durante este momento de la batalla que algunos periodistas se acercaron a Pancho. En una colina Villa estaba con una navaja sacándole punta a un palito. Volaban cerca las balas y desistieron de la conferencia de prensa. Cerca de él, Eduardo Ángeles, el sobrino de Felipe, que tiene 16 años, observa: “Aunque uno fuera un cobarde, viendo a Villa se volvía valiente”. Villa y Ángeles comerán en la casa de Loreto, que han usado como fortín.

La brigada Zaragoza, que accidentalmente dirige Raúl Madero, topa en El Grillo con unas fuertes defensas y frena su avance. Lo mismo sucede a las brigadas Villa y Cuauhtémoc que acaban de tomar Loreto y están muy desgastadas. Es entonces cuando Rodolfo Fierro le dice a José Ruiz:

—¿Por qué no vamos a tomar ese cerro?

—¿Con quiénes?

—Con estos —dijo Fierro y señaló una docena de hombres que estaban cubiertos al lado de una zanja. ¿O tienes miedo?

—¿Miedo yo?

Fueron subiendo de piedra en piedra. Ruiz llegó hasta la plazoleta que coronaba el cerro donde los defensores se cubrían. Villa, al ver lo que estaba sucediendo, les envió 200 hombres de la reserva. Pero ni aun así. Ruiz fue herido en la región inguinal y Fierro recibió una

herida de bala que le perforó la pierna. Apareció herido por el puesto de mando. “Fierro anda chorreando sangre”, se comentaba. Pero no quería dejar el frente y tras vendarse malamente consiguió una motocicleta y siguió dirigiendo a sus hombres. La herida en la pierna de Fierro manaba sangre hasta el estribo, pero aun así seguía en la línea hasta que Villa, al descubrirlo, lo mandó llamar y le exigió se presentara al puesto de los doctores Villarreal y Silva. Existe una foto de Fierro tendido en el suelo, cubierto con una sábana, o más bien enrollado, y con un pie al aire; un médico, de rodillas a su lado, mira la cámara. Alguien que parece Natera lo observa en cuclillas. Fierro parece amortajado.

Comienza un duelo artillero contra los fortines de El Grillo y La Bufa, que atacan Ceniceros y Gonzalitos. Un cañonazo mata a los artilleros al lado de donde están Villa y Ángeles. Este último tiene que mantener quietos a sus hombres porque hay una reacción de miedo cuando quedan cubiertos de tierra. A pesar del valor enloquecido de los villistas se frena el ataque sobre El Grillo.

Villa quiso ir él mismo a impulsar a los atacantes, pero Ángeles lo detuvo y envió a Cervantes. Raúl Madero pedía refuerzos. Hacia la una de la tarde la artillería comienza a debilitar las posiciones federales en El Grillo. El capitán Juan Muñoz, que atacaba con la brigada Cuauhtémoc, recuerda que avanzaban en tres líneas de tiradores y la artillería villista, con gran precisión, iba haciendo saltar las piedras delante de ellos, volaban las esquirlas. El capitán federal Cortina dirá que cuando se produjo el ataque generalizado, la moral

de sus tropas era detestable, estaban hambrientos y crudos. Hacia la una y media comenzaron a escurrirse los federales de El Grillo y se produjo la desbandada, el frente se desmoronaba.

Eran las tres de la tarde cuando en el sureste la brigada de Maclovio Herrera tomó la estación. Quedan en el norte de la ciudad sólo las defensas de La Bufa, quizá las más potentes de todos los cerros fortificados. Cuando se inicia el ataque se produce una explosión en el centro de la ciudad. Felipe Ángeles verá el reloj, son las tres y media de la tarde.

Los primeros en entrar en Zacatecas fueron las avanzadillas de la brigada de Pánfilo Natera, que se habían infiltrado y llegado hasta el Palacio de Gobierno (exactamente, dirá Muñoz, a un depósito a dos cuadras del mercado). A lo largo de los años se han manejado dos versiones sobre lo que habría de suceder: o fueron los federales los que volaron el polvorín en la huida o un grupo de villistas, al tratar de abrir una puerta a tiros, hizo involuntariamente explotar la dinamita. El hecho es que la explosión que escuchará Ángeles sacudirá a la ciudad. Vuela el Palacio, se abren puertas y ventanas y en varias cuadras a la redonda saltan los vidrios por la trepidación. Murieron 37 hombres de Natera, 9 personas de una familia que vivía en la casa de al lado, y en las ruinas se localizarán los cadáveres de 89 soldados federales.

Al día siguiente una foto recogerá los rostros azorados de un grupo de mirones armados, sin duda miembros de la División del Norte, contemplando los escombros

de lo que fue el Palacio derruido. La foto es impresionante, no queda ni un muro en pie, ni pared ni columna, sólo escombros.

LA DESBANDADA

A las cuatro de la tarde, Benjamín Argumedo, que vestía traje de charro negro y galoneado, un gran uniforme para morir, cargó con 600 hombres a sable por la calle de Juan Alonso hacia la villa de Guadalupe. Lo acompañaba el derrotado general Medina Barrón, querían romper el cerco y huir, pero fueron a dar de frente con las tropas de los hermanos Arrieta, que los rechazaron. De 600 hombres que traía Argumedo sólo sobrevivirán 100. La calle quedó cubierta de cadáveres.

En el centro, aunque los federales no saben del intento de huida de sus generales, también se rompe el frente por la zona en la que ataca Maclovio. La brigada Chao progresa por la cañada a un costado de La Bufa. La artillería villista ha desmontado los cañones de los defensores. Los infantes huyen a la ciudad. Hacia las 4:30 la desbandada es absoluta. Faustino Borunda, de la brigada Urbina, es el primero en coronar La Bufa y allí se alza la bandera. Su defensor, el coronel federal Altamirano, morirá poco más tarde al pegarse un tiro en el camino a Guadalupe, imposibilitado de huir.

Es el caos, porque muchos federales se desnudan, tiran sus uniformes y tratan de robarle la ropa a los civiles. La ciudad está prácticamente tomada a las 5:35 de la tarde.

Villa esta vez no quiere que se le escapen los federales como sucedió en Torreón. Unos 800 hombres,

entre los que se encuentran varios generales y los restos de los colorados, intentan abrirse camino por segunda vez hacia Guadalupe pasando por el panteón. El general Olea dirá: “El enemigo, posesionado de las lomas y de las azoteas de las casas, nos fusilaba a su gusto”. Unos cuantos lograron salir, entre ellos Argumedo. Después de eso las brigadas de José Carrillo y los Arrieta cerraron totalmente la salida y se produjo la matanza. Pazuengo cuenta: “Trataban de romper el sitio inútilmente, sin pasar uno sólo, se iba haciendo una pila de muertos, un caballo sólo pasaba brincando muertos”.

Natera dirá que de los 6 mil que trataron de salir por el sur, no salieron más de mil. El último reducto es el hospital militar, que sobrevive a la debacle unos minutos más que el resto de las defensas.

Argumedo, a pesar de que los rumores decían que había sido capturado vestido de mujer y quemado, milagrosamente logrará huir. En algún sitio que no puede precisar, el autor de este libro leyó que días más tarde Argumedo le tiró sobre la mesa al ministro de Guerra en México las águilas del distintivo de general que había recogido en el suelo en las afueras de Zacatecas, en la huida hacia Aguascalientes. Algún general federal se las había quitado para que no lo identificaran.

EL ESPECTÁCULO TERRIBLE DE LA MUERTE

Las fortificaciones, al ser tomadas, ofrecen un espectáculo terrible: muertos por todos lados, muchos con el fusil en la mano, con un tiro en la frente. El coronel Eulogio Ortiz diría que nunca había visto tanto muer-

to y tanta sangre en un combate que sólo duró nueve horas. De los 750 defensores de La Sierpe, sólo salieron de la ciudad 50. Verdaderamente, el espectáculo de la muerte debe haber sido terrible para que un grupo tan curtido de veteranos, que habían pasado por Torreón, como eran los hombres de la División del Norte, lo resintieran; en todos los testimonios aparecen frases como las de Vicente Martínez: “La calle quedó parejita de muertos”, o la de Félix Delgado: “No hallaba en dónde poner pie, de tanto muerto”. Eduardo Lizalde dirá muchos años más tarde en una novela, en boca de uno de sus personajes: “No puede haber más muertos que en Zacatecas”.

Villa ordenó que se detuviera el saqueo. Primero a Natera, que es el que se lo reporta, luego a Borunda, al que le ordena que la escolta de los Dorados se haga cargo. “Pena de muerte al que no acate”. “Luego —dirá Gilberto Nava— recibimos la orden de lo de las cantinas, mandar quebrar todas las botellas de vino [...]; destruir lo que hubiera de licor”. Pancho ordenó que se requisaran en los patios del ferrocarril todos los muebles robados y se devolvieran a sus dueños.

Las bajas federales son muy importantes, Natera exagera cuando habla de 6 mil muertos, pero Villa se queda corto cuando reporta 4 mil. El día 26 se han levantado 4 837 cadáveres. Se han capturado más de 5 mil prisioneros, 2 mil de ellos heridos, 12 cañones, ametralladoras, 12 mil fusiles máuser, 9 trenes, 12 carros con parque y obuses. Las pérdidas villistas ascienden a 500 muertos y 800 heridos.

Villa ordena que 3 mil prisioneros comiencen a despejar las calles de cadáveres. El capitán I. Muñoz se encuentra junto a un grupo de detenidos cerca de la estación; los vencedores, aplicando la ley Juárez, están fusilando a los oficiales. Los van llevando al cementerio y los ejecutan de un tiro en la cabeza. “Un grupo de hombres se detuvo en la puerta del panteón. El general Felipe Ángeles venía a la cabeza, el sombrero tejano café llevando el ala derecha levantada y sujeta por un cordón, seguido de un grupo de oficiales de su Estado Mayor [...] Inculpó duramente a los asesinos; condenó con energía ese vil asesinato y ordenó que los que aún quedábamos con vida, fuéramos llevados a la estación”. En esas y en otras purgas serán fusilados los generales Víctor Monter y Jacinto Guerra.

Alessio Robles registra que Rodolfo Fierro, sostenido por un par de hombres, porque no lo habían acabado de curar, disparaba con pistola contra una fila de detenidos federales que estaban pasando frente a él; dice que él lo vio desde el tren de Villa y le recriminó su actitud, logrando que Fierro guardara la pistola. Villa ordenó que no se fusilara a los oficiales artilleros. Gracias a esto el capitán Cortina sobrevivirá. J. B. Vargas cuenta que al mando de un grupo estaba buscando al capitán Limón, “un oficial que en Chihuahua había fusilado gente por ser simples simpatizantes nuestros”.

Villa permaneció en El Grillo todo el día 23 dirigiendo la persecución de los restos de la guarnición federal. A la mañana siguiente se instaló con su escolta y el cuartel general en la casa de José María Gordo. Estaba muy afectado por la muerte de Trinidad Rodríguez, la grave

enfermedad de Toribio Ortega y la muerte de su amigo el coronel León Rodríguez, Leoncito.

LA REPRESIÓN

Se organizan y se improvisan hospitales, el tren sanitario es insuficiente. El doctor Lyman B. Rauschbaum, médico de cabecera de Villa, atiende en el hospital improvisado de los villistas en el centro de la ciudad. Villa visita el edificio de la Escuela Normal de Zacatecas, donde “se enteró del buen tratamiento que allí se daba a los heridos de ambos bandos”. Se fue muy contento, pero volvió en la tarde de otro talante, acompañado por Banda y J. B. Vargas. Estaba encolerizado porque se había enterado de que entre los heridos había ocultos oficiales federales que se habían quitado el uniforme, y pidió que se los entregaran. El doctor López de Lara y la profesora Beatriz González se negaron argumentando que estaban heridos. Villa se enfureció más todavía. Vargas golpeó al doctor con un cinturón, “por mi propia iniciativa, no por la del general Villa”. Pancho ordenó el fusilamiento de ambos y de pasada del ingeniero Rojas, que decía que no se debería tratar así a una mujer. Los tres salieron escoltados rumbo al panteón. Una enfermera, llorando le pidió a Villa que no los fusilara, que la señorita era maestra. El argumento tocó las fibras más sensibles de Villa. Vargas recuerda que “cuando los llevábamos a fusilar, aunque yo pensé que se trataba de un simulacro”, llegó un Packard con la contraorden de Villa. Poco después los tres retornaron al hospital y siguieron atendiendo heridos.

Después de la batalla fueron detenidos en un colegio lasallista los curas profesores. El cónsul francés intercedió por ellos con Manuel Chao, que al par de días

les mandó un oficial muy amable, quien les dijo que si en lugar de dar clases de religión enseñaban las Leyes de Reforma, las que en su día habían confrontado a la república juarista con el clero, y en vez de misas organizaban actos cívicos, se podían quedar dando clases. Se negaron y los expulsaron del país. Villa pidió por ellos rescate de 100 mil pesos y los curas colectaron limosnas por las calles para completar la suma. El 3 de julio los metieron en un carro de carga y los enviaron a Estados Unidos.

No fueron los oficiales federales, los médicos y los curas lasallistas los únicos en sentir la furia organizada y muchas veces bárbara de la División del Norte. Fuentes, un ex oficial federal que había aceptado Villa después de Saltillo sumándolo a los Dorados, se emborrachó, como hacía con frecuencia, y mató a uno de sus compañeros. Villa ordenó de inmediato su fusilamiento. Lo llevaron al paredón y, cuando simulaba estar llorando, el oficial a cargo de la escuadra le preguntó si tenía alguna última voluntad que pedirle. El tal Fuentes le hizo jurar entre lágrimas que lo que pidiera se lo iba a cumplir, y cuando le sacó el juramento se puso a reír y dijo: “El encargo que quiero hacerles es que se vayan todos a chingar a su madre, incluido Pancho Villa”. Lo ejecutaron. Cuando le contaron la historia, Pancho se arrepintió de haberlo mandado fusilar. Es más, le gustó la gracia del pelado ése, y andaba por ahí diciendo que a tipos tan valientes era un desperdicio fusilarlos.

El Dorado Arturo Almanza escribió un épico corrido narrativo sobre la batalla, una de cuyas cuartetas dice: *Vuela, vuela palomita/ llévate unas flores secas/ y dile al borracho Huerta/ que entramos en Zacatecas.*

Villa hizo entrega de la plaza y del estado de Zacatecas a Panfilo Natera y le mandó el parte de operaciones a Carranza, como bien decía el telegrama, “como si nada hubiera pasado”. El texto lo escribió Felipe Ángeles, que de pasada aprovechó para enviarle otro a Victoriano Huerta, con sólo tres palabras: “¡Viva la República!”, la frase que pronunció Huerta, borracho, cuando se presentó el 18 de febrero de 1913 ante Madero, Pino Suárez, Ángeles y Federico González Garza, que estaban detenidos.

Pancho se entrevistaría poco después en el cuartel general con los hermanos Arrieta y los oficiales de su brigada, a los que les entregó ropa, calzado y provisiones, y repartió dinero. Villa le dijo a Domingo que le había dado pruebas de que “compañero sí soy”, al venir a colaborar con ellos en la toma de Zacatecas. Arrieta mantuvo las distancias y se negó a pertenecer a la División del Norte. Pero en ambos hechos Villa parecía dar clara muestra de que, en lo que a él tocaba, el incidente con Carranza estaba zanjado.

“LAS TRES PELONAS”

Sirva como final, para dejar a un lado tanta muerte, contar la siguiente historia: Durante seis meses había acompañado a Villa en su tren un trompetista de Jiquilpan llamado Rafael Méndez. En Zacatecas, Pancho se conseguirá un suplente: Rafael Ancheta, vendedor de vinos y músico que tocaba el chelo y el piano, reclutado por los federales de leva y más tarde capturado por los villistas, que lo llevaron frente a Pancho, quien viéndole las manos lo condenó a fusilamiento. Ancheta le informó que era músico. Villa lo llevó hasta un vagón en el que traía arrumbado un

piano y el tipo le tocó, para demostrarlo, “Dinorah”, de Meyerbeer. Villa se dio por convencido, pero lo que ahora quería de él era que le tocara “Las Tres Pelonas”. ¿Se la sabe? Y ahí lo dejó tocándola una y otra vez, con lo que Ancheta salvó la vida. Por cierto que los villistas saldrán de esta batalla con una nueva pieza para incorporar a su repertorio, “La marcha a Zacatecas” que, compuesta una docena de años antes por Genaro Codina, era originalmente un homenaje a un gobernador porfirista, “La marcha Aréchiga”, y que rebautizada se ha de volver emblemática del posteriormente avance de los norteños, tocada alegremente por las mil y un bandas militares de las que se han apropiado a lo largo de la campaña.

FUENTES INFORMATIVAS:

La perspectiva de la batalla desde el punto de vista villista en Felipe Ángeles: “Diario de la batalla de Zacatecas” en (“Documentos relativos...” y Cervantes: *Ángeles*). Federico Cervantes, “Descripción de la batalla de Zacatecas”, “Asalto y toma de Zacatecas”, “Cómo fue el ataque a Zacatecas” y *Francisco Villa y la revolución*. Aguirre Benavides: *Las grandes batallas de la División del Norte*. Martín Luis Guzmán en *Memorias de Pancho Villa* sigue esas dos líneas en términos generales. Parte de la División del Centro de Natera a Carranza en el apéndice de Barragán: *Historia del Ejército y la Revolución Constitucionalista*, tomo 1. Ontiveros: *Toribio Ortega y la brigada González Ortega*, registra los partes de la brigada por regimiento. Alberto Calzadiaz: *Hechos reales de la revolución*, tomo 1, con varios testimonios directos. Brando: *La División del Norte*. Juan B. Vargas: “Villa en Zacatecas”. Eduardo Ángeles Programa de Historia Oral del INAH 1/31. Herrera: “Cómo era y cómo murió el general Rodolfo Fierro”. Mantecón: *Recuerdos de un villista*.

Desde el punto de vista de los federales, el Archivo Histórico de la Defensa Nacional, Expediente XI/481.5/334, t. II, muy completo. Varios de los partes militares en Aguirre: *Grandes batallas*, e Ignacio Muñoz: *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, tomos 2 y 3. Muñoz fue capitán federal en esta batalla y dice que la

División del Norte “tuvo 3 mil muertos y 6 mil heridos que llenaron los hospitales de Zacatecas, Torreón, San Pedro, Durango, Chihuahua, Parral y Jiménez”. Exagera sin duda. El número de heridos de toda la campaña, desde Sacramento, no debió llegar a los 5 mil.

Ignacio Muñoz (1892-1965) es uno de los más extraños narradores de la Revolución Mexicana, incursionó en el periodismo mexicano de 1925 a 1945; maderista, capitán del ejército, benévolo con Victoriano Huerta, combatiente federal en Zacatecas, escribió el texto: “La batalla de Zacatecas vista desde las trincheras”. Capturado y reciclado, villista con Maclovio Herrera, antivillista cuando se produce la ruptura, carrancista accidental, nuevamente capturado; villista en las batallas del Bajío. Fundador de un sui generis ku kux klan mexicano y de un Sindicato de Redactores de Prensa; grafómano y amante de la polémica. Autor de cuatro tomos de anécdotas, discusiones y debates sobre la Revolución Mexicana; *Verdad y mito de la Revolución Mexicana*, una biografía de Heraclio Bernal y varios libros de cuentos.

Además, Víctor Ceja Reyes: *Zacatecas. La llave del triunfo*; Terrones Benítez: “La batalla de Zacatecas”; Pacheco Moreno: “La verdad por encima de todo”. Samuel López Salinas: “La batalla de Zacatecas”. Sergio Candelas: “La batalla de Zacatecas”. La Edición del 75 aniversario de *La batalla de Zacatecas*, coordinada por Enciso, contiene los testimonios del general federal Olea y de Darío W. Silva. José G. Escobedo: *La batalla de Zacatecas*. J. Parra Arellano: “Ratificaciones a las memorias de F. Villa”. Ramos Dávila: “Versiones

sobre la batalla de Zacatecas”. Elías Torres: *La cabeza de Villa y 20 episodios más*. Alejandro Contla: “Mercenarios extranjeros en la Revolución Mexicana”. Lawrence Taylor: *La gran aventura en México* y “El cuerpo de aviadores de Pancho Villa”. Pazuengo: *La revolución en Durango*. Adalberto López: Programa de Historia Oral- INAH (PHO) 1/43. Miguel Alessio Robles: “Obregón como militar” y “¡Viva la República!” Meyer: *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la revolución*; Gilberto Nava PHO 1/26. Vicente Martínez: PHO 1/73; Félix Delgado PHO 1/79; Cuauhtémoc Esparza: *La toma de Zacatecas*; Vito Alessio Robles: *La Convención Revolucionaria de Aguascalientes*; J. González Ortega: “Villa en Zacatecas”, Roberto Martínez: *Benjamín Argumedo*.

La historia del trompetista Méndez en un recorte de prensa en el archivo de Haldeen Braddy; Elías Torres: *Vida y hechos*; Ernest Otto Schuster: *Pancho Villa's Shadow* (cuenta que en 1915 le tocará en el piano a Villa: “Tierra Blanca”, “La marcha de Zacatecas”, “El pagaré” y “La Adelita”), Historiadores Galácticos: “Genaro Codina”. Existe una muy buena novela cuyo punto de arranque es la toma de Zacatecas, *Siglo de un día*, de Eduardo Lizalde, y una película, *Juana Gallo*, que provocó las iras de Federico Cervantes porque además de que no le gustan las coronelas “sin romanticismo”, se ignoraba en la película el papel central de Villa y Ángeles (Federico Cervantes: “Juana Gallo, mixtificación de Zacatecas”).

La polémica sobre el número de defensores. Sánchez Lamego dice que no pasaban de 5 mil hombres. I.

Muñoz, sin embargo, daría la cifra de 10 400 y lo avala por el hecho de que él hizo el estadillo de fuerzas por órdenes del Estado Mayor. Aguirre Benavides dirá que 12 mil hombres y 13 cañones. El general Olea dice que llevó a Zacatecas 1 800 hombres, pero Muñoz dice que fueron 5 300. Los números no cuadran. Muñoz asegura que él llegó con Argumedo el 16 (con 4 600, o sea 4 mil, más 600 de Argumedo que se incorporaron en Palmillas), que sumados a los 3 500 que ya tenía Medina Barrón y a los 1 800 de Olea, darían unos 9 900.

En cuanto a las fuerzas villistas, la División del Norte, según Muñoz, tendría 36 mil hombres: 24 mil de la DN y 12 mil de la División del Centro de Natera. Calzadías habla de 27 mil hombres, que son las fuerzas que se registran tras la revista de Torreón, pero eso incluye las fuerzas de Natera, las guarniciones de Chihuahua y Durango y los 2 mil heridos que había en los hospitales. Cervantes, en cambio, dice que 20 mil hombres, incluidos los de Natera. Su cifra se ajusta más o menos a la realidad, que debería andar en unos 19 500. Cuando Natera atacó por primera vez tenía 7 mil, que deben estar mermados, y la DN no había crecido mucho desde Paredón.

(Para mayores precisiones en esta bibliografía remito a los lectores interesados a la última edición de mi biografía de Pancho Villa, editada por Planeta.)

PACO IGNACIO TAIBO II

Escritor, periodista, historiador, activista y promotor cultural hispanomexicano. Es uno de los grandes difusores de la historia y los movimientos sociales que tiene nuestro país. Realizó estudios en las facultades de Filosofía y Letras, Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, así como en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Miembro fundador de Para Leer en Libertad y de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos. Coordinó por más de una década el festival literario Semana Negra (Gijón, España). Ha dirigido el suplemento cultural de la revista *Siempre!*, las revistas *Crimen y Castigo* y *Bronca*.

Autor de casi un centenar de obras, entre las que destacan: *Pancho Villa*, *Ernesto Guevara, también conocido como el Che*, *Yaquis, 68*, *Tony Guiteras*, *Temporada de zopilotes*, *Doña Eustolia blandió el cuchillo cebollero* (y otras historias), las series de Olga Lavanderos, Patria y Belascoarán Shayne –recientemente adaptada a serie televisiva–. En cine, ha participado en la creación de *La historia no contada de México*, *Los nuestros*, *Ernesto Guevara, mejor conocido como El Che*, y el documental *Patria*.

Entre sus últimas publicaciones están *Sabemos cómo vamos a morir*, *La historia del gueto de Varsovia* y *La libertad: trece historias para la historia*.

Actualmente se desempeña como director del Fondo de Cultura Económica.

Todos los derechos reservados.
Prohibida su venta.